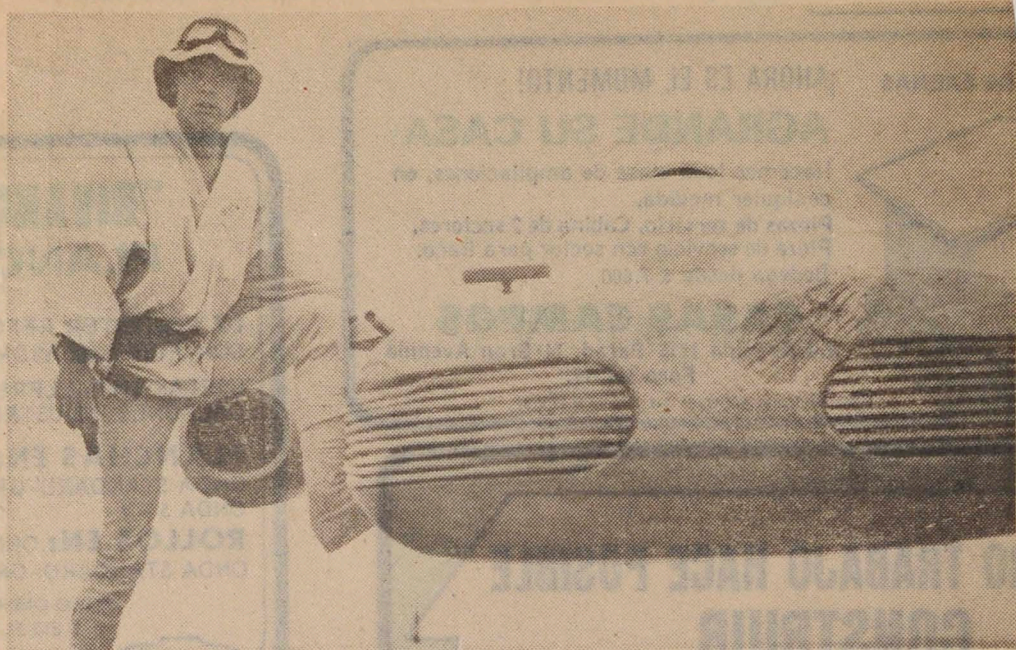


Segundas partes



■ No creo que nunca se le pasó por la cabeza a don Miguel de Cervantes y Saavedra escribir una secuela de Don Quijote, imaginando la existencia de un hijo bastardo del Caballero de la triste figura. Ni Shakespeare pretendió, en vista del éxito de "Hamlet", hacer una segunda parte del drama en la que fuera el espectro del príncipe danés el que vague por el castillo en vez del de su padre. De hecho, cuando Shakespeare dramatizó la vida de Enrique IV en dos partes y la de Enrique V en tres, lo hizo porque el material no podía condensarlo en un solo drama y no para aprovechar un éxito de taquilla.

Por cierto, en aquellos tiempos la creación literaria, si bien podía dar honor, reconocimiento y fama, no significaba un oficio especialmente lucrativo. Escribir y crear no eran un negocio.

Hoy, en ciertos casos, sí lo es. Y ante el éxito que obtiene una película o una novela, muy luego se anuncia una segunda parte que atraerá a espectadores y lectores, repletando así los bolsillos de sus creadores. Para ellos, no tiene validez el sabio refrán que dice que jamás segundas partes fueron buenas, porque no es la calidad lo que está en juego; sino el dinero.

La creatividad contemporánea da centenares de ejemplos de obras que, habiendo alcanzado una gran repercusión, tienen secuelas que decepcionan y defraudan. El prestigio que se adquirió con la creación original se desploma con la forzada continuación, pero siempre el bolsillo del autor termina por compensar la humillación artística.

Cuando no se terminan aún las colas de gente ansiosa por asistir a una exhibición de "La Guerra de las Galaxias", ya George Lucas, su creador, anuncia una segunda parte. Y así, el despliegue de imaginación que se le ha celebrado y se

ha premiado terminará por convertirse en moneda depreciada.

En su afán de hacer dinero, los autores modernos ni respetan a esos hijos espirituales que son los personajes que crearon. Hace pocos años, el mundo entero se emocionó leyendo primero "Love Story" y, después, viéndola una y otra vez en el cine. Se trataba de una historia de amor tierna, triste, trágica que empapó pañuelos en todas las latitudes. Los personajes protagónicos eran Oliver y Jenny. Al final de la novela —y de la película, por cierto— Jenny muere, sumiendo en la desesperación a Oliver.

Afortunadamente para su autor, Erich Segal, dejó con vida a Oliver y, seguramente ya gastada parte de la fortuna que le dejó la explotación de su romántica novela, no se la ha ocurrido nada mejor que hacer vivir a su romántico protagonista una nueva aventura. La novela se llama —para recordar a Love Story— "Oliver's Story" y empieza en junio de 1969, 18 meses después de la muerte de su esposa Jenny. Tiempo más que suficiente para mantener el luto, parece haber pensado Segal, pues hace que Oliver olvide su fortuna proveniente de la industria textil, y se dedique a las campañas en pro de las libertades públicas y olvide, también, a su amada Jenny para enredarse en un tórrido romance con una rubia llamada Marcie Nash.

Lo que sigue no es para contarse. Unánimemente la crítica literaria norteamericana ha considerado esta secuela de "Love Story" un verdadero y real bodrio. Pero el hecho no ha afectado a Erich Segal, quien en derechos de autor por la novela y la película que de ella se hará ya se ha embolsado millón y medio de dólares.

"Nunca segundas partes fueron buenas", dice el antiguo refrán, "pero siempre son un buen negocio", agrega el nuevo.